

Esta vez parece un caso judicial y además casi clínico

EL FÚTBOL, DEPORTE ESCOLAR DE RIESGO

Manuel Holgado (SA)

Contenidos de Educación Física en el currículum de Primaria en Castilla y León: “Conocimiento del significado y alcance de acontecimientos y eventos deportivos”

29 de octubre de 2018, lunes, 9 de la mañana.

Los chavales entran al colegio como todos los lunes, con alegría contenida, pocas ganas y con el orden imprescindible. Los profesores, que ya han hecho el calentamiento en varios corrillos y en la sala de profesores, los reciben y pasan con ellos. Más o menos en fila los niños suben por las escaleras hacia la primera planta. Primero, los cursos de los más pequeños y al final los de 6º B.

Cuando estos últimos están en las escaleras, empiezan a oírse airadas voces fuera de lugar, que ponen en guardia a todo el mundo. Y de pronto, la fila de 6º, a la altura del primer descansillo, se deshace en tumulto. Las voces arrecian y se oyen gritos de ¡pelea! Los niños de más arriba se han parado, se dan la vuelta y algunos quieren bajar para verlo todo desde más cerca. Los que todavía estaban abajo empujan para acercarse a ver qué pasa.

Dos profes consiguen abrirse paso hasta el epicentro del asunto, separan a los contendientes que están abrazados en el suelo, y consiguen que todos los demás se vayan a sus clases. El tutor se queda con sus dos alumnos.

—A ver, ¿qué ha pasado?

—Que viene provocando, ¿no lo ves?

El tutor mira al “provocador”, que se encoge de hombros, “¿yo?”. El tutor se imagina qué pasa, pero prefiere que se lo digan ellos.

—¿Cómo te ha provocado?

—Viene ahí, enseñando la camiseta, chuleando...

—A mí me parece que este chaval viene con esa camiseta la mitad de los días. Y el resto, con la segunda equipación.

—Sí, pero como ayer ganaron 5 a 1, se para delante de mí y me la planta en las narices. ¡Y se besa el escudo!

—¿Has hecho eso para fastidiar a tu compañero?

—No, profe. Siempre me beso el escudo antes de cada partido, y antes de cada clase. El profesor se aguanta a duras penas la carcajada, les hace darse la mano como si hubiera terminado el partido y suben a clase.

—Qué lástima que hoy os tengáis que quedar en clase en el recreo, con lo bien preparados que estáis para jugar al fútbol, o para hacer de *hooligans*.



Contenidos del Currículum: “Aprecio de las actividades deportivas como medio de disfrute, de relación y de empleo satisfactorio del tiempo de ocio”. “Aceptación y respeto hacia las [...] personas que participan en el juego”.

Día 19 de enero de 2013, sábado.

Se juega un partido de fútbol-sala de categoría alevín, 10 y 11 años, entre nuestro colegio X, y el colegio Y. No nos jugamos nada.

Los dos equipos figuran entre los últimos de la clasificación, sin opciones a sobresalir y sin miedo a descender, porque aquí no hay categorías.

Faltan 5 minutos para terminar y el resultado es 2 a 2. Un jugador del equipo visitante Y, avanza con el balón hacia nuestra portería. Un defensor del equipo local X, corta ese avance en falta dentro del área.

El atacante se queda tirado en el suelo, como si le hubieran roto tibia, peroné, y un par de costillas, se queja a gritos pero no deja de mirar al árbitro. Su madre, la del chaval, entre el público, sale corriendo hacia el lugar donde su hijo agoniza. Este, sin embargo, ya se levanta, milagrosamente recuperado, porque han pitado el penalti. El árbitro le dice a la mujer que salga de la pista. La mujer se encara al árbitro:

—¿No ves lo que ha hecho? Tienes que expulsarlo.

Y luego se dirige al niño que hizo la falta:

—¡Eres un bestia! No deberían dejarte jugar al fútbol.

El padre de este niño también está entre el público. Y el abuelo. Cuando ven a la mujer amenazadoramente cerca de su chaval, salen también a la cancha en su busca. Como si esto fuera una señal, padres, madres y demás familiares salen en tropel y se enzarzan en una discusión que supera por completo al árbitro, que busca a los entrenadores para decirles que va a tener que suspender el partido. Entre unos y otros consiguen aplacar los ánimos, y los espectadores vuelven a su sitio.

Se lanza el penalti. El balón se va a las nubes.

Aplausos, risas, palabrotas, miradas desafiantes.

El equipo X saca de puerta e, inexplicablemente, el jugador que había hecho la falta del penalti

se encuentra con el balón solo frente al portero contrario. Y marca gol.

Los chavales se revuelven contra el árbitro, porque de pronto se acuerdan de que el autor del gol tenía que estar expulsado. Los jugadores de los dos equipos rodean al árbitro y allí aprovechan para darse algún empujón, primero sacando pecho, como en la tele, y luego con las manos, para terminar con alguna patada.

Los espectadores retornan al campo, rodean con sus hijos al árbitro, y allí, como los pequeños, sacan pecho, se empujar, se insultan y por fin dos padres se lían a puñetazos, o algo parecido, porque tampoco son expertos y eso es solo un partido de fútbol-sala alevín.

El árbitro, cuando puede salir de allí, suspende el partido.



Currículum: “Valoración del esfuerzo personal [...] al margen de preferencias y prejuicios”.

“Aplicación de la organización espacial en juegos colectivos, adecuando la posición propia, las direcciones y trayectorias de los compañeros, de los adversarios y, en su caso, del móvil”.

Miércoles, 6 de marzo de 2018. Recreo.

Juan A., niño de 6º B voluntarioso, entusiasta y esforzado jugador, aunque lejos, muy lejos, de las figuras del deporte rey, se acerca con mala cara a su tutor que, aunque no esté de guardia hoy, pasea por el patio.

—¿Qué pasa, Juan?

—Lucía y Carlos han hecho los equipos, y yo no han elegido.

El profe, conocedor de la vida interior de ese

grupo, hoy ha preferido retrasar el café y bajar un rato al patio. Sabía que iba a haber problemas desde que se vio obligado a suspender los partidos interclases con el otro 6º, harto de tener que dedicar media hora de clase tras el recreo para tranquilizarlos cada vez que tenían un derbi, por lo de las patadas alevosas, los insultos y las miradas asesinas. Les había llegado incluso a hablar de cuando el fútbol sirvió de excusa para una guerra entre Honduras y El Salvador, con varios miles de muertos. “No nos vamos a matar, profe”. “Claro que no, porque se han terminado los partidos entre los dos sextos”.

Y ahora, claro, tenían que hacer los equipos, y como resultado, Juan dudaba entre la indignación y el llanto.

—¿Cómo que no te han elegido, Juan? He dicho que tenéis que jugar todos los que queráis hacerlo.

—Sí, pero me han dejado el último, lo han sorteado y el que perdiera se quedaba conmigo.

—¿Y con quién juegas por fin?

—En el equipo de Lucía.

—Pues hala, vete a jugar y demuéstrole a Carlos que ha sido un error no contar contigo.

Juan se va corriendo, y el tutor se queda pensando en qué tendrá el fútbol para que un niño como Juan sea capaz de cambiar parte de sus regulares notas por un gol de vez en cuando.

No han pasado dos minutos cuando de nuevo está frente a él. Lucía lo ha seguido y está a su lado.

—¿Y ahora? ¿Por qué no estáis jugando?

Juan se ha inclinado definitivamente por la indignación. Cabreado, le explica a su tutor:

—Profe, cuando llegué, ya se habían repartido las posiciones, y Lucía me ha dicho que yo me quede cerca del banderín de córner y que cuando se acerque el balón, no estorbe.

—¿Lucía?

Lucía no es solo una gran jugadora, también es inteligente, suele escuchar a los profesores y no le importa demostrarlo.

—Mira, profe. Nosotros hacemos lo que nos ha dicho el de Educación Física: en los juegos colectivos hay que organizarse y buscar la posición en la que cada jugador puede dar lo mejor de sí mismo.

—Vale, pues nombro a Juan lanzador oficial de saques de esquina. Largo, y dejadme en paz.

